

Estudiar filosofía y literatura

POR ► JUAN MANUEL RUIZ JIMÉNEZ*

Importante rescate del lugar de las humanidades en la sociedad contemporánea y la validez de continuar escogiéndolas como opción de vida y profesión. Este texto se presentó, inicialmente, como la Conferencia inaugural del Pregrado de Filosofía y Humanidades de la Universidad del Norte, pronunciada el 29 de enero de 2015.

Me confiaron hacer esta conferencia inaugural del pregrado de Filosofía y Humanidades, y el título que escogí fue *Estudiar filosofía y literatura*. La razón no es que considere que la literatura sea más importante que el resto de las humanidades, sino porque son las dos disciplinas que he estudiado y de las que puedo decir algo en lo que, por experiencia propia, respecta a su estudio. Pero todo lo que diré es también válido para las humanidades.

Ustedes, estudiantes, pensarán que para mí fue fácil el ejercicio, porque si soy profesor de estas áreas es evidente que debo tener perfectamente claro en qué consiste su estudio. Pues fue precisamente lo contrario, es decir, bastante difícil considerar, una vez más, el porqué estudiarlas.

Así es que en medio de la inminencia de la fecha que se aproximaba constataba que el documento seguía en blanco. Y no es que no hubiese escrito nada, sino que antiguamente, cuando se escribía a mano y uno tachaba o borraba las ideas, palabras y frases descartadas, los tachones y burdos borrones eran un consuelo, porque eran la prueba visible de que se había escrito algo, aunque fuera errado. Pero escribiendo en un computador, el terrible botón de suprimir no borra, sino que anula esa memoria del consuelo de los arranques fallidos, renovando sin cesar ese pixelado fondo blanco, en el que cada vez que suprimimos lo escrito, más que

* Escritor y profesor de filosofía y literatura de la Universidad del Norte.

hacernos sentir que empezamos de nuevo, nos da la impresión abrumadora de que nunca nada ha comenzado. En esas arenas movedizas se me vino a la cabeza que el que se queda por largos minutos mirando un papel en blanco parece un hombre trabajando, pero el que se queda mirando por largo rato una página informática de tratamiento de texto, y en general toda pantalla, se asemeja en cierto modo a un hombre en coma con los ojos abiertos. Me acordé entonces de la predicción que hace el escritor Ray Bradbury en su novela *Fahrenheit 451*, en la que anticipa que los hombres del futuro, sumidos en una sociedad de la diversión, serán una suerte de seres en estado vegetativo, semejantes a muertos vivientes, conectados las veinticuatro horas del día a pantallas y medios audiovisuales que transmitirán sin fin contenidos de entretenimiento; inmóviles casi siempre, según el autor, cuando nos desplazemos lo haremos mediante vehículos tan veloces que ya no podremos contemplar los paisajes. Gran parte de la población ya no necesitará salir de la casa, como lo ilustra con Mildred, la esposa del protagonista, cuyo contacto con la realidad termina siendo mediada enteramente por pantallas, que tapizan cada uno de los muros de su hogar.

Bradbury, con temor estimaba que en un futuro cercano algunas prácticas quedarán erradicadas en ese siniestro pero “divertido” futuro. Estas son: caminar, conversar presencialmente, pensar, leer y escribir.

Contrariado por esa imagen, me resolví a caminar por la universidad, mental y físicamente a la deriva, hasta que me topé con un grupo de colegas, algunos de ellos aquí presentes, y entonces uno de ellos me preguntó:

—¿Para dónde vas?

—A ningún lugar —le contesté—; no sé qué decir en la conferencia.

Hubo risas, creo yo por empatía, porque no me creyeron, o porque siempre es un poco cómico ver a alguien en pequeños aprietos. Fue así como vino a mi mente la primera escena de la novela de Denis Diderot *Jacques el fatalista y su amo*, en la que ambos personajes aparecen viajando de un lugar desconocido a otro, y el narrador, provocador, pues consciente de la curiosidad del lector por conocer en las primeras frases las características de los protagonistas, como se acostumbraba hacer en las novelas clásicas hasta el siglo XVIII, advierte a manera de presentación: “¿Cómo se conocieron? Por casualidad, como todo el mundo. ¿Cómo se llamaban? ¿Qué os importa? ¿De dónde venían? Del

Salir a caminar es algo que le aconsejo a todo aquel que se sienta mentalmente paralizado.



Casa de Ainhoa y Fernando.
Fotografía de Camila Echeverría
en colaboración con Andrea Kratzer.

lugar más cercano. ¿Adónde iban? ¿Acaso uno sabe adónde va?”.

En ese preciso momento pensé que no saber adónde ir y no saber qué decir tienen una extraña semejanza, y en mi situación coincidían perfectamente. Pero

de igual forma, de vuelta a mi cubículo, comprobé una vez más que el ir, y hablo del ir a pie, no solo es compatible, sino beneficioso para el pensar, como ya Bradbury lo había comprendido, y antes de él los griegos, en particular los llamados peripatéticos —esto es, Aristóteles y sus discípulos—, de quienes se decía gustaban de discutir mientras paseaban. El caso se ilustra incluso en los textos de Platón: vemos que sus diálogos filosóficos se inician a menudo en deambulaciones que terminan desarrollándose ya estando los interlocutores de pie, ya sea sentándose bajo un árbol, como sucede en el *Teeteto*, o recostándose en triclinios, como en el caso de *El banquete*. Por ejemplo, recordemos que al inicio de este diálogo (*El banquete*) Sócrates viene pensando mientras camina, y se queda de repente enraizado frente a la casa de Agatón durante varios minutos, cuando el banquete ya ha comenzado y todos lo esperan. Sordo a los llamados de sus amigos para que se les uniera, Sócrates se queda estático en el umbral, luego de haber caminado, como si hubiera dado fruto lo que venía meditando en medio de sus pasos. Parece ser, pues, que acababa de entender lo que venía pensando mientras caminaba. Solo en ese preciso momento ingresa a la casa de Agatón a discutir con los demás invitados sobre el amor.

Todo esto para decir que salir a caminar es algo que le aconsejo a todo aquel que se sienta mentalmente paralizado, y fue lo que me permitió iniciar este texto. Porque, en efecto, debo anotar que si bien inmediatamente finalizada la caminata, ya sentado en el escritorio, y para volver a las palabras de Diderot, si en lo que a la conferencia concernía no sabía aún a ciencia cierta adónde iba, quizá el ritmo de los pasos dados al aire libre bajo el sol de Barranquilla, repetidos seguidamente en la pulsación de la sangre en mis sienes, me trajo a la memoria los famosos versos de Machado:

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

Como Diderot, Machado nos muestra que nuestra condición, mientras estamos vivos, es no saber adónde vamos, pero consiste también en tener que andar. Al vivir, segundo a segundo, paso a paso, se esbozan dos posibilidades: andar sin pensar o pensar al andar. La actitud que aspiramos despertar y desarrollar a lo largo de sus estudios de filosofía y humanidades consiste tal vez en que adquieran la capacidad de pensar continuamente en sus pasos dados, pues solo así

alguien puede darse cuenta si tiene algún sentido el camino que ha recorrido. Es más, hablar de “camino” para referirse a la vida implica ya pensar, buscar una coherencia en lo que a lo largo de los días vividos hayamos hecho. Y cuando hablo de los “pasos dados” me refiero de forma extensiva al conjunto de nuestras ocupaciones, es decir, a todo aquello en lo cual empleamos diariamente nuestros minutos voluntaria o involuntariamente. La idea de fondo, para quien estudia filosofía y humanidades, no radica solamente en apropiarse una cultura libresco; reside, ante todo, en mantener viva en todo momento la capacidad de interrogarse a sí mismo. Y esto para poder preguntarse cosas tan aparentemente banales como:

¿Tiene sentido lo que hago? ¿Tiene sentido que me levante temprano o tarde, que me cepille o no los dientes, que salude o no al guardián al ingresar en la universidad, que vaya a esta durante cuatro o cinco años, algunos más, algunos menos, dependiendo de la seriedad con la que hagamos nuestros estudios —y hasta donde alcance la billetera, obviamente...—, que sea o no promiscuo, que me case, que me case y siga siendo promiscuo, que me endeude, que tenga hijos, que me endeude pagando las matrículas de mis hijos, que me alegre cuando gana la representante de Colombia en Miss Universo? ¿Tiene sentido el conjunto de normas y comportamientos presentes en nuestra sociedad?, ¿lo tienen las instituciones que nos rigen?, ¿lo que llamamos la historia de la humanidad?, ¿crear o no en Dios? Y en últimas, ¿vale la pena seguir dando pasos en el mundo, es decir, continuar aquí, seguir viviendo? Y es que no puedo no estar de acuerdo con la afirmación contundente de Albert Camus en *El Mito de Sísifo* cuando dice: “No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: es el suicidio. Juzgar que la vida vale o no la pena ser vivida es responder a la pregunta fundamental de la filosofía”. ¿Y hacia esta misma dirección no va también la cuita que formula Heidegger en *Ser y Tiempo* cuando nos dice que tras asumir la condición de arrojados —es decir, el hecho de que nos ha sido impuesta la vida— solo tenemos dos alternativas mayores: o seguir en vida o ponerle un término a esta mediante el suicidio? Pero si escogemos la opción de seguir viviendo, ¿se trata de seguir haciéndolo sin más, es decir, viviendo una vida meramente biológica?

¿No hay algo de infame en ello, como busca ponerlo en evidencia Dante de manera sobrecogedora en el canto tercero de su *Divina Comedia*? Recordemos que en el infierno dantesco, antes de llegar al primer círculo, se halla un vestíbulo, una especie de antesala reservada

para los indolentes o indiferentes a la vida. Virgilio, quien es el guía de Dante en su descenso al infierno, le dice:

Hemos venido al lugar donde te dije
habías de ver la gente adolorida,
que ha perdido el bien del intelecto.

Podemos ver que en el infierno o casa del mal dantescos quienes caen son aquellos que no piensan. Los actos malvados son en el fondo actos de inconsciencia, y no hablo del inconsciente en el sentido empleado en la filosofía contemporánea o en el psicoanálisis, sino en el sentido llano, en que la consciencia reflexiva en algunas personas parece ausentarse *ad continuum*. Es de hecho la lectura del mal que hace, ya en el siglo xx, Hanna Arendt en su texto *Eichmann en Jerusalén*: en su concepción, el mal es la negligencia respecto a nuestra facultad de pensar. De ahí su expresión de “banalidad del mal”. En Arendt el mal consiste en pronunciar palabras y realizar actos sin tener en cuenta las implicaciones de estos y, por ende, nuestra responsabilidad al respecto. “Yo no soy responsable”, se escuchaba reiteradamente de boca de los dirigentes nazis, acusados en el Juicio de Núremberg, arguyendo que solo ejecutaban órdenes.

Pero, volviendo a Dante, los indiferentes son en cierto modo más despreciables para él que los mismos malvados, pues estos al menos se orientan por el deseo sin pensamiento, es decir, el deseo ciego, y se las arreglan para satisfacerlo. Esto significa que, de alguna manera, usan su cabeza. Pero los indiferentes del vestíbulo, mientras estuvieron vivos ni pensaban ni usaban sus facultades espirituales para satisfacer sus deseos. Y esta característica los hace, a los ojos de Dante, terriblemente abyectos, porque fútiles, banales, frívolos, como lo veremos en la siguiente cita:

Y yo con el horror ciñéndome la frente
dije: Maestro, ¿Qué es lo que oigo?
¿Y cuál es esta gente tan por el dolor vencida?

Y él a mí: Esta suerte miserable
tienen las tristes almas de aquellos
que vivieron sin infamia y sin honor.

Mezcladas están con aquel malvado coro
de los Ángeles que ni fueron rebeldes
a Dios, ni fieles, sino solo para sí fueron.

Los echa el Cielo [...] y el profundo infierno [...]

Dante muestra que la mediocridad espiritual no tiene cabida ni en el reino del castigo del mal ni en el de la recompensa paradisíaca. El vestíbulo es entonces, desde cierto punto de vista, peor que los otros círculos del infierno, pues es el recinto de los que vivieron sin vivir. La mediocridad, desde esta perspectiva, es no saber o no quererle dar atención a lo que nos rodea. Si no hicieron fechorías, no fue por virtud; si no hicieron actos nobles, no fue por maldad. Lo que hicieron o dejaron de hacer ni siquiera lo concebían porque sencillamente no pensaban. Estos seres tienen la apariencia de hombres y mujeres, pero en realidad son semejantes a las piedras. Retomo y concluyo la cita:



Casa de la soledad.
Fotografía de Camila Echeverría
en colaboración con Andrea Kratzer.

Y yo: Maestro, ¿Qué les es tan pesado
qué los hace lamentar tan fuertemente?
Repuso: Te lo diré brevemente:

Estos no tienen esperanza de muerte. [...]

De ellos no queda fama en el mundo,
misericordia y justicia los desdeñan:
no tratemos ya de ellos, mas mira y pasa.

Y observando vi una insignia
que sin descanso rondaba velozmente
incapaz al parecer de detenerse:

y detrás la seguía una multitud
de gentes [...]

Los desgraciados, que nunca fueron vivos,
estaban desnudos y molestados mucho
por moscones y avispas que allí había.

Dante muestra que los indolentes del vestíbulo vivieron como ciegos, porque no se esforzaron por entender el valor de los seres y las cosas: todo les daba igual, es decir que, vivos, ya vivían en un limbo gris y átono. Si por sí mismos nada hicieron ellos para darle importancia a sus vidas, Virgilio le dice a Dante que ni siquiera vale la pena detenerse a hablar de ellos ahora que están muertos. Así como el mundo no fue relevante para ellos, ellos no quedarán en la memoria del mundo. Su purga, por no usar el intelecto, es seguir ciegamente una bandera que no va a ningún lugar. Si Dante dice que no tienen esperanza de muerte es porque quería que sus lectores fueran conscientes de que quienes son indiferentes a la vida están en la misma situación de quien nunca ha comenzado a vivir. Así, como casi todo lo que sucede en la *Divina Comedia*, el castigo es simbólico: los pican avispas porque, a fin de cuentas, vivieron dormidos, no se pellizcaron, no abrieron los ojos al mundo.

En este sentido, si leí todo este pasaje de la *Divina Comedia* no fue para decirles que irá al infierno todo aquel que no se inscriba en el programa de Filosofía y Humanidades de la Universidad del Norte –hay que decir que sería una publicidad interesante para la universidad, y en estos tiempos de obscurantismo seguro ganaríamos adeptos—. Tampoco estoy sugiriendo en lo más mínimo la idea de que exista o no el infierno. Esa no es la cuestión. Si cité a Dante es porque me parece supremamente interesante entender su visión de

la indiferencia frente a la vida: le hace un llamado a la humanidad para que no nos quedemos confortablemente instalados en la desorientación de la que parte todo ser humano que empieza a vivir. Ciertamente, todos estamos de alguna manera en dicha desorientación, como lo anota Diderot, pero hay algo en nosotros que nos llama a preocuparnos por salir de ella. Y ese algo es el pensamiento, y cuando digo “pensamiento” no me limito al de orden meramente reflexivo, sino a lo que podríamos llamar una actitud filosófica, en la que se incluye una apertura a la contemplación estética y una atención generosa a la presencia del otro. Ahora bien, nada potencia más la actitud filosófica y nada sirve más para escapar a la indiferencia dantesca que estudiar las grandes obras de la filosofía, de la literatura, del arte y de las humanidades en general.

La filosofía y las humanidades nos permiten afinar nuestro pensamiento para que el mundo no nos sea indiferente. Es más, si van a estudiar filosofía y humanidades es porque en el fondo de ustedes ya algo les dice que el mundo y la vida les incumbe profundamente, es decir, que merecen ser pensados atentamente. Y si aún no es el caso, deben dejarse penetrar por esta idea: estudiar seriamente filosofía y humanidades significa que han comprendido que el mundo y la vida les incumbe tan profundamente que no les basta con dedicar sus días a un oficio para ganarse el pan de cada día, sino que necesitan entender las bases de este mundo en donde debemos, sea cual sea el oficio, ganarnos el pan de cada día.

En el *Teeteto* Sócrates intuye que la ciencia debe ser algo que englobe las sabidurías múltiples, entendiendo por “sabidurías” lo que nos hace competentes en los quehaceres u oficios. Sócrates no llega a la definición de lo que es la ciencia en dicho diálogo, así como muchas veces no llega al objetivo inicial en sus diálogos, pero lo importante es la llama, el impulso, la vida que habita los diálogos que sostenía con sus interlocutores. A Sócrates lo mueve la llama de la voluntad de saber, es decir, lo que hay de divino, si tal cosa existe, lo que hay de más noble en el hombre. Como lo vemos en el libro VII de *La República*, en el mito de la caverna, es ese impulso lo que orienta a los valientes a buscar, por fuera de la caverna, la luz verdadera de esa especie de sol centelleante que es el Bien absoluto; sol que según el mito no podríamos ver directamente porque nos dejaría ciegos; luz que buscamos a través de las sombras y espejismos de lo sensible, es decir, de este mundo que vemos con nuestros cinco sentidos. Es esa llama (creamos o no en lo divino, creamos o no en el



Intervenciones de memoria.
Fotografía de Camila Echeverría
en colaboración con Andrea Kratzer.

mito de la caverna) que a quien estudia filosofía, literatura y humanidades lo debe mover a trascender la facticidad de sus ocupaciones y los pasos que da día tras día. ¿Trascender nuestros pasos qué significa? Significa que además de darlos busquemos entenderlos. ¿Para qué entenderlos? Para saber si tienen o no sentido. Si desembocamos en el sentido, grandioso; pero si llegásemos a la conclusión de que no lo tienen, o de que no lo entendemos plenamente o de que, como lo dice la hermosa canción *Epitaph* de King Crimson, “confusión será mi epitafio”, también será grandioso, pues a esa conclusión, que es también una recompensa, habremos llegado tras haber buscado entendernos activamente. “¡Alas, alas!”, vociferan los versos de Verlaine. “Nada grande se ha hecho en el mundo sin una gran pasión”, anota acertadamente Hegel en la *Razón en la Historia*.

Darle sentido o buscárselo a los pasos dados es lo que nos hace humanos. Cabe recordar a este propósito la *Ciencia Nueva* de Vico, quien creía que la condición pre-humana, encarnada en lo que él llama el *bestione*, consistía en errar indefinidamente en la jungla del mundo, sin tener consciencia ni de uno mismo, ni del otro, ni del tiempo y el espacio.

Sea cual sea el resultado, el valor de estudiar filosofía, literatura y humanidades es catalizar y potenciar nuestra búsqueda. Nos sirven para cada día entendernos mejor, y así dirigirnos un poquito más sabiamente en esta vida. El estudio de la filosofía y las humanidades, si sirve de algo, es para eso, para dirigir nuestros días, en la medida de lo posible, con el fin de hacer que esta vida valga la pena ser vivida. Dirigir nuestros pasos en la medida de lo posible, repito. Y en este sen-

La filosofía y las humanidades nos permiten afinar nuestro pensamiento, para que el mundo no nos sea indiferente.

tido, aunque hay muchas definiciones de lo que es la filosofía, para mí eso es de cierta manera: pensar en el camino que recorro día a día. Se trata de tener cura o cuidado de sí mismo, como lo acota Foucault —en su *Historia de la sexualidad*— mediante la expresión francesa “le souci de soi”, pero no mediante un afán egoísta, sino mediante la razón civil. Se trata de “aménager les rencontres” —organizar los encuentros—, como lo dice Deleuze, retomando a Spinoza, en el sentido de buscar qué es lo que aumenta más y de forma más durable mi potencia. Pues Spinoza concluye en su *Ética* que lo que más le da potencia al hombre es lo que le da más poder para pensar. Y creo que lo que nos lo permite hacer son las grandes obras de la cultura, no solamente filosóficas, sino también literarias, artísticas, y del ámbito de las humanidades en general.

En fin, ya terminando esta intervención les puedo decir que son los grandes filósofos, escritores y artistas los que más se han esforzado por entender los cimientos de la condición humana. Ellos son como grandes exploradores en medio de la jungla de la vida. Ellos nos han legado caminos, ventanas por las cuales ver el mundo. A lo largo de sus estudios ustedes van a mirar por la ventana Platón, por la ventana Dostoievski, por la ventana Sófocles... A veces les van a dar ganas de quedarse ahí, en una ventana en particular, porque se van a decir: ¡Este autor sí que entendió cómo funciona el mundo! Sí, señoras y señores, a veces nos encanta tanto un autor que decidimos quedarnos ahí, en esa ventana. Pero, no olvidemos que hay otras, y que sobre todo hay una que debe federar las otras: la nuestra, la propia. Yo veo a los filósofos, artistas y escritores, es decir, a sus obras, como sentidos suplementarios que

se nos van abriendo. Pero a fin de cuentas, ellos constituyen nuevas perspectivas que sirven para enriquecer nuestra particular forma de entender la realidad. Porque, al fin y al cabo, se trata de conocerse a sí mismo mediante las grandes obras de la humanidad, como lo señala Proust en su novela *En busca del tiempo perdido*. Dice que una obra de arte permite conocernos a nosotros mismos desde un nuevo ángulo: “No se trata de ver cosas nuevas, sino de ver las mismas cosas con nuevos ojos”. Y en otro lugar escribe: “Concebí mi obra como un instrumento de óptica para que el lector se observara a sí mismo”.

¡Acerquémonos con interés al pensamiento de estos grandes hombres! Jueguen el juego. Aunque sus ideas nos parezcan ajenas a nuestra forma de entender las cosas, digámonos: ¡Ah, muy bien, así es como ve este autor la realidad, quién lo hubiera pensado... interesantísimo! No tengan una actitud de prejuicio que los lleve a negar sin conocer o a denigrar antes de intentar comprender. Como lo indica Descartes en *El discurso del Método*, hay dos actitudes que debemos erradicar en nosotros si pretendemos escapar al error cuando tratemos de conocer cualquier cosa: la prevención y la precipitación. Es decir, el hecho de llegar a juzgar algo con ideas preconcebidas y el hecho de llegar demasiado rápido a conclusiones, sin habernos dado tiempo suficiente para pensar. Sigamos el consejo que nos da Spinoza en su *Tratado político*: “Sobre las cosas humanas no reír, no llorar, no indignarse, sino comprender”.

¿Que estudiar filosofía y humanidades es arriesgado? Es arriesgado. ¿Que estudiar a fondo la filosofía, la literatura y las humanidades en general es hoy en día algo heroico? Siempre lo ha sido.

¿Que el arte, la filosofía y las humanidades son importantes y que requieren que les prestemos toda nuestra atención? Creo que pocos lo han dicho tan acertadamente como Nikos Kazantzakis, a quien le dejo la palabra final, como lo dejó consignado en un libro de oro en una librería de Antibes. Lo que sigue ciertamente lo dijo refiriéndose a la poesía, pero pienso que se puede decir de todas las grandes obras de la cultura: “La poesía es la sal que impide que se pudra el mundo”. 